
SEGUNDO SERMON.

La Religion.

*Non in solo pane vivit homo,
sed in omni verbo quod procedit
de ore Dei.*

(Matth. IV, 4.)

EN el día fatal de la caída del hombre, el Verbo eterno, por quien todo fué hecho, prometió venir á rehacer su obra, á levantar á la humanidad de su abatimiento, para que se cumplieran en ella los designios eternos. Fiel á su palabra, que repite de tiempo en tiempo, viene al mundo en el momento prefijado en los consejos de la eternidad. ¿Por qué no desde luego? Era justo que el hombre sintiese antes del remedio los fatales efectos de su prevaricación: era conveniente, si no preciso, que conociera su miseria y experimentase la necesidad que tiene de Dios, y deseara su rehabilitación, convencido de que por sí mismo no solo no podía elevarse hasta donde se propuso en su pecado, sino tampoco levantarse de su abatimiento. El mundo lo conoció así, y de todas partes se escapaba, á pesar del orgullo humano, la confesión de la miseria, con el grito de la esperanza y de la suplica. Los filósofos, eco de las ideas y de los sentimientos del mundo antiguo, formulaban esa confesión y proclamaban esa esperanza. Si Dios no envía á alguno

de su parte, inútiles serán cuantos esfuerzos se hagan para reformar las costumbres y mejorar la suerte de los hombres, decía Sócrates (1). Solo Dios puede ilustrarnos, añadía Platon: es preciso esperar, que vendrá alguno á enseñarnos cómo hemos de portarnos relativamente á Dios y á los hombres. Siento un deseo ardiente. Cuando llegue ese día, presentaremos á Dios nuestras ofrendas. Espero de su bondad que no ha de tardar mucho tiempo (2).

Llegó por fin ese día, y apareció en la tierra el Reparador divino esperado por el gentilismo y deseado por la Sinagoga, que en continuos clamores pedía á las nubes que lloviesen al Justo, y á la tierra que brotase al Salvador (3). La esperanza de la humanidad se vió cumplida. El Hijo de Dios satisfizo por el pecado del hombre, reparó sus ruinas, y enseñó á los hombres lo que deseaban los filósofos, el modo de portarse con Dios y con sus semejantes; les enseñó la verdadera Religion. Para ello se hace semejante al hombre (4), se pone en lugar suyo, tomando sobre sí todas sus miserias, menos el pecado (5), y hasta consiente, dice San Pablo, ser tentado por el demonio de todas maneras, para vencer al vencedor de Adán, primero en el desierto, y despues en la cruz (6), á fin de despojar á los principados y potestades en su glorioso triunfo (7), mereciendo el poder de la victoria para la humanidad, y enseñándole el modo de alcanzarla.

(1) Platon, *Apolog. Socratis.*

(2) Platon, in *Alcibiad.* II.

(3) Isai. XLV, 8.

(4) Philip. II, 7.

(5) Isai. LIII, 4.

(6) Hebr. IV, 15.

(7) Coloss. II, 15.

En su prueba, el primer hombre es vencido, porque consiente en negar á Dios la obediencia y la adoracion, en hacer abstraccion de Dios para fijarse en sí mismo. En su tentacion ó prueba vence Jesucristo, refiriéndolo todo á Dios, y diciendo: adorarás al Señor tu Dios, y á él solo servirás (1). Adan es vencido, porque prescindiendo de Dios, busca en la tierra y en las criaturas la ciencia para su entendimiento y la vida para su corazon; Jesucristo vence, porque á la invitacion de procurarse en la materia la satisfaccion de su hambre, opone una sentencia de verdad eterna. «El hombre no vive de solo pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios (2),» de quien es criatura, y de quien por lo mismo depende en todo. Palabra de Dios, luz del hombre, regla de su entendimiento y de su corazon, principio de la fe, adoracion de Dios, acto el más natural á la criatura, expresion la más propia de su dependencia y de su amor, servicio de Dios, deber del hombre, base sólida de su esperanza, y fe, esperanza y amor, tres virtudes que Dios exige de nosotros, y que á él nos unen para levantarnos á la grandeza que nos promete, como vimos ayer: tres virtudes que constituyen el alma de la Religion.

Meditamos ayer las palabras que causaron la ruina de Adan y de toda su descendencia, para conocer sus fatales consecuencias: examinemos hoy el sentido de estas otras palabras que dieron la victoria á Jesucristo, y por él á la humanidad entera, y que encierran la leccion ambicionada por Sócrates y Platon. El hombre para vivir, es decir, para ser feliz, no tiene bastante con el pan material, con los bienes de la tierra; necesita de

(1) Matth. IV, 10.

(2) Id. id., 4.

la palabra de Dios, necesita acercarse á Dios, relacionarse con él, adorarle y servirle. En una palabra: para levantarse del abatimiento á que le redujo el pecado, necesita de la Religion. ¿Qué es la Religion? ¿Qué hace? ¿Cuáles son sus tendencias? Esto formará el asunto del presente discurso.

PRIMERA PARTE.

La Religion, hermanos míos, es un doble lazo que une séres distintos para mancomunarlos en sus intereses y en el fin que se proponen: es un comercio eficaz y positivo del hombre con Dios. Esta sociedad es necesaria y esencial. Existe Dios, existe el hombre; es consiguiendo la relacion mútua. Esto se funda en la naturaleza misma del hombre, y en el fin de su creacion. Es una imágen, una semejanza de Dios, inteligente, amante de la verdad y del bien, apto para poseerlos, y deseoso de alcanzarlos. Esa verdad y ese bien tienen en Dios su origen; el hombre, pues, que los busca, se dirige á Dios, y como imágen y semejanza suya aspira á unirse con él. Ha sido criado para Dios, para conocerle, para amarle y para gozarle (1): hé aquí, pues, un lazo natural y misterioso que forma la Religion. Ciceron lo comprendió cuando decia: puesto que la razon es propia de Dios y del hombre, debe existir una sociedad entre el hombre y Dios, una semejanza del hombre con Dios; de modo

(1) Fecit Deus rationalem creaturam, quæ summum bonum intelligeret; intelligendo, amaret; amando, possideret; et possidendo, frueretur. (S. Aug., de diligendo Deo.)

que podríamos llamarnos la familia, la estirpe, el linaje de los séres celestiales (1). Tal es también la sublime frase del Apóstol: en Dios vivimos, nos movemos y somos (2). Por ello esta sociedad ó comercio con Dios, la Religion, nos es más natural que todas las relaciones con el mundo exterior y visible, puesto que somos hechos, no á imágen de los demás séres, sino á imágen de Dios, y la proximidad ó semejanza de los séres forma la base de su enlace ó sociedad.

Siendo la Religion la alianza del hombre con Dios, debe nacer de la naturaleza de los dos séres á quienes une. El hombre es la obra de Dios. De él ha recibido la inteligencia, la razón, y todas sus facultades; de él ha recibido la libertad, el corazón y sus nobles aspiraciones; de él, en fin, ha recibido su organización material. Si pues en su sér el hombre es todo obra de Dios, hay en todas las partes de este sér una relación con Dios, como la hay esencial y necesariamente entre la obra y su autor, entre el efecto y la causa. Relación con Dios, por la inteligencia que de él recibe, por la razón, por la libertad, por los sentimientos del corazón, por el cuerpo. Es por lo mismo el hombre un sér esencialmente religioso, y con razón entre los antiguos no ser capaz de religion, era señal característica de ser irracional (3). Por esto decía Platon: el hombre sábio debe dirigir todas sus ideas y todos sus esfuerzos hácia Dios, porque de él

(1) Est igitur (quoniam nihil est ratione melius, eaque est in homine et in Deo), prima hominis cum Deo rationis societas. Inter quos autem ratio, inter eos etiam recta ratio communis est. Quæ cum sit lex, lege quoque consociati homines cum diis putandi sumus.... ex quo vere vel agnatio nobis cum cœlestibus, vel genus, vel stirps appellari potest. (*De legib.*, lib. 1, §. 8.)

(2) Act. Apost. XVII, 28.

(3) Joubert, *Pensamientos*, tom. 1, pág. 113.

es de quien debe hacerse amar, y á quien necesita seguir, con lo cual practica una acción noble, santa, útil á su felicidad y conforme en todo á su naturaleza (1).

La Religion, según ello, Señores, nació cuando fué criado el hombre, existía ya en el paraíso, formada por las relaciones de inteligencia y amor que unían al hombre con Dios, y por la comunicación de su felicidad y de sus dones, que concedía el Criador á su criatura. El hombre rompió por su parte esa alianza misteriosa y sencilla á la vez, y Dios pudiera haberle abandonado enteramente á sí mismo; pero hubiera sido para siempre y totalmente infeliz, y el Criador misericordioso no lo quiso. Entonces comenzó la Religion á tener carácter más positivo y distinto. Porque el hombre ya no podía acercarse á Dios, ni lo merecía, Dios se dignó acercarse al hombre, y estableció un pacto con él. Lo repitió después con Noé (2), más tarde y de un modo más explícito con Abraham (3); lo renovó luego con Isaac (4) y con Jacob (5); lo sancionó con el pueblo, á quien Moisés sacó del cautiverio de Egipto, y fijó sus condiciones en tablas de piedra (6). Continuó recordándolo sucesivamente por los profetas, y vino por fin á perfeccionarlo y perpetuarlo por su Hijo (7), hecho hombre para ser el cimiento de esa Religion, la piedra angular y el lazo que une ambos extremos, al hombre con Dios (8).

¿Qué es, pues, la Religion? Considerada con respecto

(1) Platon, *de Legib.*, lib. 4.

(2) Gen. IX, 9.

(3) Id. XV, 18.

(4) Id. XXVI, 3.

(5) Id. XXVIII, 13.

(6) Exod. XIX, XXXI.

(7) Heb. I, 1.

(8) Act. Apost. IV, 11.

á la humanidad, ha sido en todo tiempo y es una consecuencia de la naturaleza misma, una condicion de la vida individual y social, una pasion en el sentido más noble de esta palabra. Porque la pasion, hermanos, no es otra cosa que una inclinacion, una como necesidad vivamente sentida, un atractivo poderoso que nos lleva y nos arrastra hácia un objeto, para hacer de nuestra vida la suya, y de su vida la nuestra (1); y la humanidad ha tenido siempre esa pasion de unirse á Dios por una relacion positiva y eficaz, pasion tan visible, que llena la historia, y hace aparecer á la Religion en todo tiempo como la primera y más augusta actividad de las naciones. La primera piedra de toda sociedad fué un altar, y cuando esta piedra ha desaparecido, la sociedad ha desaparecido con ella (2). Ningun sér animal, excepto el hombre, dice Ciceron, tiene conocimiento de Dios; y entre los hombres no hay nacion tan feroz y salvaje, que, si ignora cuál es el verdadero Dios, no sepa al menos que es preciso que haya uno (3). Hallareis ciudades, añade Plutarco, sin murallas, sin gimnasios, sin casas, sin leyes, sin moneda y sin letras; pero un pueblo sin Dios, sin oraciones, sin juramentos, sin ritos religiosos y sin sacrificios, nadie le vió jamás (4). Podrán haber

(1) Lacordaire, *Conferencia 26*.

(2) Rousseau, *Contrato social*, lib. 4, cap. 8.

(3) Nullum est animal preter hominem, quod habeat notitiam aliquam Dei; ipsisque in hominibus nulla est gens, neque tam immansueta, neque tam fera, quæ non, etiamsi ignorèt qualem habere Deum deceat, tamen habendum sciat. (Cicer., *de legib.*, lib. 1, §. 8.)

(4) Si totum orbem peragres, invenies urbem sine litteris, sine rege, sine domibus; at urbem sine templis, sine diis, nemo reperit, reperietque. Immo facilius duco ædificare posse sine solo urbem, quam posse civitatem cogi, et subsistere, fide deorum sublata. (Plutarch., *adversus Colotem Epic.*)

errado en estas cosas y en la idea misma fundamental de Dios; pero todos han tenido religion.

Esto se comprende, Señores. El hombre tiene, por así decirlo, un triple foco de vida en su inteligencia, en su corazon y en sus sentidos, y el alimento de esa vida de los sentidos está en las obras de Dios, que publican su gloria y descubren á Dios mismo (1); la vida de la inteligencia tiene su fuente en la sabiduría infinita, en la verdad esencial y eterna; y la vida del corazon se nutre del amor, de la bondad sin límites, única capaz de llenar el corazon de la criatura racional. Por ello el hombre que busca la verdad necesaria á su inteligencia, y el amor que reclama el corazon, y la belleza que impresiona el sentido, tiende naturalmente á Dios, que es el principio y el término de todo, y se encuentra con él á cada paso, aun cuando se propone huir de él, como Adan en el paraíso. La historia lo prueba, la filosofía lo demuestra y la historia lo confirma.

En vano el filósofo, lleno de orgullo, quiere en sus investigaciones llegar á un término que no sea Dios, para no verse precisado á reconocerle y adorarle; en vano el hombre de pasiones se rodea de objetos que le oculten á Dios y le ayuden á olvidarlo; en vano descenderá á lo más profundo de los vicios y hasta el infierno. Do quiera le saldrá al encuentro, y le exigirá el cumplimiento de los deberes que su naturaleza le impone, ó le hará sentir las consecuencias de su criminal infraccion. Si subo al cielo, allí estás, dice David; si desciendo á los infiernos, te haces presente; si trasmigro al otro lado de los mares, allí me alcanzará tu mano y me detendrá tu diestra (2).

(1) Rom. I, 20.

(2) Psalm. CXXVIII, 8, 9, 10.

¡Extraño fenómeno, hermanos míos! El hombre es naturalmente religioso, tiende á Dios, le busca, le invoca, y al mismo tiempo huye de él y quisiera verse libre del lazo que á Dios le une. Pero este fenómeno se explica. El hombre se reconoce imperfecto, débil, sujeto á la miseria, sér dependiente de un sér supremo; y aspirando siempre á perfeccionarse, á robustecerse, siente la necesidad de unirse á ese sér superior, de quien espera un bien; siente la pasión de la religion, la pasión de Dios, para quien fué criado, y á quien se dirijen los movimientos de su corazón, inquieto siempre hasta fijarse en él (1). Puesto ante Dios, su perfección, su grandeza infinita le anonada: la alianza con Dios le obliga á levantarse hasta él, á copiar en sí sus perfecciones, y la fatal ponzoña que le inoculó el pecado, y las inclinaciones que le degradan y corrompen, le detienen y le hacen creer imposible la empresa. La superioridad de Dios humilla su orgullo, exigiéndole el homenaje de la fe en su palabra, el sacrificio de la adoración á su majestad suprema, la obediencia á sus soberanos decretos, y la renuncia de sus vicios con la esperanza de una recompensa eterna. El hombre, en su orgullo, resiste este homenaje, este sacrificio, esta obediencia. Se reconoce súbdito, y por lo mismo responsable ante Dios, y esto le espanta, y quisiera huir de él, y hacerse independiente para eludir su responsabilidad. Por ello hace esfuerzos á fin de desterrar de sí la idea de Dios, y sacudir el yugo de la religion, ó de las relaciones que le unen con él; y como Adán en el paraíso, se esconde entre el ramaje de sus sofismas y de sus pasiones, y como el insensa-

(1) Fecisti nos, Domine, ad te, et inquietum est cor nostrum donec requiescat in te. (S. August. Confess.)

to, de quien habla David, dice: no hay Dios (1); y repite como el impío: apártate de nosotros, no queremos la ciencia de tus caminos (2).

¡Empeño inútil! El efecto no puede separarse de su causa: la obra no puede romper el lazo de dependencia que la une á su autor. El hombre no es, ni puede ser independiente de Dios. Es libre, sí, y en su libertad podrá decirle: «no te reconozco, no te quiero;» podrá decirle: «vete, apártate de mí;» pero diciendo esto reconoce su existencia, responde á su palabra, atestigua su presencia, y confiesa sentir la presión de Dios, que á pesar suyo le persigue, y la relación necesaria que á él le une, y de que no puede desprenderse. En este estado, idea y quiere acomodamiento entre los dos opuestos sentimientos que le combaten; el de la naturaleza, noble, puro, legítimo, racional, que le lleva á Dios, y el de las pasiones bastardas que le dominan, degradante, ilegítimo, irracional, que tiende á alejarle de Dios, y transigiendo se da á sí mismo una deidad fantástica que nada exija al entendimiento ni al corazón, y que no sea otra cosa que él mismo, ó un ídolo de oro que halague sus pasiones, ó un Dios de carne que alimente sus apetitos, y á quien consagre su vida sin que le pida responsabilidad alguna.

¡Qué prueba más evidente, Señores, de que el hombre no se basta á sí mismo, de que lleva en sí la idea innata de la necesidad de la religion, de la necesidad de tener relaciones con un sér superior, real ó fantástico, infinito ó limitado, de adorar á un Dios ó á un ídolo, rindiéndole el homenaje de la fe que le somete la inte-

(1) Psalm. XIII, 1.

(2) Job. XXI, 14.

ligencia, poniendo en él la esperanza de ser feliz, consagrándole su amor, y sacrificándole todo el sér con cuanto tiene y espera, que es lo que constituye la adoracion y forma la religion! Escuchad á una mujer que experimentó este extravío, y que en un libro infernal escribió una página sublime. «Rehusamos á Dios el sentimiento de adoracion, y lo colocamos en un sér débil é incompleto, que al fin llega á ser el Dios de nuestra idolatría. En nuestros dias, para las almas poéticas, el sentimiento de adoracion entra hasta en el amor físico. ¡Grosero error de una generacion codiciosa é impotente! Por eso, cuando se descorre el velo divino y aparece la criatura mezquina é imperfecta detrás de esas nubes de incienso, detrás de esa aureola de amor, nos avergonzamos de nuestra ilusion, aterramos el ídolo, y lo pisoteamos con rabia. Pero poco despues buscamos otro. Necesitamos amar, y nos engañamos todavía, hasta que al fin, desengañados, ilustrados y purificados, abandonamos las esperanzas de una afeccion permanente sobre la tierra, y elevamos á Dios el homenaje entusiasta y puro, que jamás hubiéramos debido dirigir sino á él solo (1).» ¡Feliz el hombre que antes de la muerte llega á este desengaño! Más feliz aún, dice Aristóteles (2), y lo confirma el Espíritu Santo (3), el que ha guardado esta ley desde el principio de su vida, y puede decir con el Salmista: Todo mi bien, toda mi felicidad consiste en unirme á Dios y depositar en él mis esperanzas (4).

Preguntemos otra vez: ¿qué es la religion? Conside-

(1) Jorge Sand, *Lelia*.

(2) Aristot., *de mundo*, cap. 7.

(3) Jerem., Thren. III, 27.

(4) Psalm. LXXII, 28.

rada con respecto á Dios, es decir, como religion positiva, ó como pacto expreso de Dios con el hombre, es un don admirable, una dignacion sublime del Criador para hacer feliz á su criatura, concediéndole derechos que habia perdido, y estableciendo con ella un enlace de que se hiciera indigna. Es ciencia suprema que, partiendo de la eternidad y atravesando el tiempo, conduce á la eternidad; la ciencia de Dios, y de sus verdades, y de sus leyes, comunicadas al hombre por Dios mismo para que no se extravíe entre las tinieblas de su razon y la corrupcion de sus pasiones. Es un comercio positivo y eficaz del hombre con Dios: positivo, porque con él recibe realmente de Dios la vida de la inteligencia, del corazon y de los sentidos; eficaz, porque con él la vida del hombre se eleva á la vida divina. De modo que la religion no es otra cosa que una comunión de vida con Dios. Es, en fin, el conjunto de nuestras relaciones con Dios y con la humanidad, establecidas por la razon y por la revelacion.

Al hablar así, hermanos míos, comprendereis que no me refiero á los delirios del gentilismo y de la idolatría, hijos de la ignorancia y del vicio, consecuencias del primer pecado, y en que todo se llamaba Dios menos Dios mismo (1), todo se enseñaba menos la verdad, todo se practicaba menos la virtud. Ni tampoco me refiero á esos sistemas filosóficos del materialismo, del racionalismo y del panteísmo, inventados en el gabinete de hombres dominados por el orgullo de una ciencia mal entendida, y seguidos por los que, como sus autores, no pudiendo arrojar lejos de sí la idea de Dios y de religion, no quieren otro Dios ni otra religion que sus propias concepciones y sus pasiones: sistemas en que

(1) Bossuet, *Discurso sobre la Historia universal*, parte 2.^a

el error se sustituye á la verdad, en que domina el egoismo, y en que se diviniza al hombre con sus pasiones, haciéndole centro único y término de cuanto existe sin que á él se le refiera á otro centro superior y divino. Ni me refiero, en fin, á las religiones falsas, ó más bien sectas de corruptora doctrina, como la de Mahoma, ó de independenciamiento de la razon, como la de Lutero y sus discípulos, en que la verdad de Dios queda á merced de cada hombre, y Dios como un sér aislado, al cual solo se une la criatura por una creencia ficticia, ó por un acto del entendimiento, al que nada responden las obras. Todas estas no deben llamarse religiones: son cuando más ramas desgajadas del árbol de la verdadera religion, que se han secado, y el viento de las pasiones ha llevado muy lejos de su tronco. Son obra del hombre, y la religion no puede ser sino obra de Dios. No es la criatura quien tiene derecho á fijar y establecer el modo de unirse al Criador, el medio de conocerle, la manera de servirle. La religion es una relacion entre Dios y el hombre; y el hombre, aunque sea un génio, no tiene poder para cambiar nada en Dios, ni para alterar las condiciones de su propio sér, ni los caracteres y propiedades de la especie humana. No teniendo, pues, accion sobre los términos que han de unirse, no puede fijar las relaciones de ambos. El hombre es obra de Dios, y por lo mismo es evidente que el autor de la religion ó de las relaciones que deben mediar entre ambos ha de ser el Criador, ha de ser el que, dando al hombre la existencia, ha determinado su fin y los medios de llegar á él. La religion no puede ser sino de Dios.

No merecen además el nombre de religiones, porque lejos de unir y estrechar al hombre en todo su sér con su Criador y Señor natural, le separan, le aislan, le hacen buscar la felicidad y la grandeza en sí mismo y

por sí mismo, como hizo la serpiente con los primeros padres. Sereis como dioses, dicen á sus prosélitos: la ciencia universal será vuestra; el goce absoluto os pertenece; teneis derecho á una soberanía sin límites. Engrandeceremos nuestra lengua; nuestros lábios, nuestros son; ¿quién es nuestro Señor? (1) Por ello, hermanos míos, producen en el individuo y en la sociedad el mismo resultado que en los primeros hombres produjo la palabra de la serpiente: la degradacion, el desórden, la discordia, los trabajos, el imperio del mal, la muerte. Hijas de un mismo principio, del orgullo y de la sensualidad, que no tienen otra aspiracion que el egoismo y el goce material, conducen al mismo término, la separacion, la maldicion de Dios, la ruina de toda grandeza moral.

Por lo mismo, Señores, comprendereis que en cuanto antes he dicho, hablaba de la religion que enlaza de nuevo con Dios al hombre caido por la culpa, de la religion verdadera, palabra que sale de la boca de Dios para dar vida al hombre, enseñándole á conocerle, á creer, á esperar en él, á amarle y adorarle: la religion de Dios, su alianza con el pueblo hebreo en la antigua ley, su alianza con el mundo entero por el Catolicismo, fundado por aquel que el género humano esperaba como su libertador; por Jesucristo. Veamos, pues, qué hace esta religion, cuáles son sus tendencias.

(1) Psalm. XI, 5.